



Aliste, en silla de ruedas tras sufrir un atentado, contó ayer su experiencia en la Subdelegación del Gobierno en Álava. :: RAFA GUTIÉRREZ

«No quería ser víctima del terrorismo, sólo quería paz»

Tres heridos y un familiar relatan su experiencia en un acto del Centro por los damnificados de Vitoria en el Día de la Memoria

LORENA GIL



VITORIA. «ETA me robó la niñez y la adolescencia». Quien habla es Maribel Lolo. Cuando tenía solo cuatro años, un etarra dejó a su padre, Jesús Lolo Jato, postrado en una silla de ruedas para el resto de su vida. «Esa bala también nos atravesó a mi madre y a mí», se sincera. Era policía municipal en Portugalate. Aquel 15 de abril de 1978 tenía turno de noche. Se encontraba en el parque del Doctor Areizaga –más conocido

como «de los monos»– del municipio vizcaíno cuando vio a un chico correr con una bolsa de deportes. «Le pareció sospechoso y le dio el alto». El destino quiso que aquel joven fuera un miembro de ETA que acudía a un encuentro con otros terroristas en el Puente Colgante. Sin mediar palabra, le pegó un tiro que le atravesó la médula espinal. La vida de Maribel y su madre transcurrió entre paredes de hospitales.

«Me llevaba mis muñecas. Y familiares y amigos me sacaban a pasear», recuerda. Su padre no asistió a su primera comunión. Tampoco fue a la piscina a verla nadar. «No sé lo que es que te recoja en la escuela...», lamenta. Jesús Lolo nunca volvió a caminar y tuvo que soportar unos dolores terribles. Falleció en 2003. «Destrozaron a mi familia, nuestras ilusiones, pero el odio en mi casa nunca ha existido. Hay que transformar el dolor en aprendizaje y nunca olvidar lo que ha ocurrido», apostilla.

El de Maribel es uno de los cuatro testimonios que ayer se escucharon, en primera persona, en la Subdelegación del Gobierno de Álava. Aunque el Día de la Memoria es el

10 de noviembre, su coincidencia con las elecciones generales llevó a las instituciones a posponer su conmemoración. Ayer fue el turno del Memorial de Vitoria y los protagonistas, los heridos por el terrorismo y sus familiares. Al acto, presidido por el director del Memorial, Florencio Domínguez, asistieron, entre otros, el delegado del Gobierno en Euskadi, Jesús Loza; la presidenta del Parlamento vasco, Bakartxo Tejería; el alcalde de Vitoria, Gorka Urtearar, y la directora de Gogora, Aintzane Ezenarro.

«Muro de la vergüenza»

El Ministerio del Interior ha reconocido la condición de heridos a 4.808 personas en el último medio siglo. ETA es la que más heridos ha causado: 2.597, de los que 991 los provocó en Euskadi. Por detrás se sitúa el terrorismo yihadista: 1.833 personas, gran parte en los atentados del 11-M. En la estación de Atocha se encontraba Rachid El Jaddani. Miembro del equipo de atletismo de Marruecos, llegó a España en

2001 con el objetivo de seguir su carrera deportiva. Todo quedó trunco: aquel día. Hoy su sueño es formar un equipo en su país –vive en Casablanca– para luchar contra la radicalización de los más jóvenes.

Además de Maribel Lolo y Rachid El Jaddani, compartieron también su experiencia Juan José Aliste Fernández y Enrique Barañano. Estaba previsto que interviniera en el acto, si bien no pudo finalmente acudir, Ana Arregui, mujer del etzaina Jon Ruiz Sagarna, herido grave en un atentado de ETA en Rentería en 1995.

Aliste era capitán de Infantería del Ejército cuando una bomba-lapa de ETA adosada a su vehículo le dejó postrado en silla de ruedas en 1995. Las primeras noticias que llegaron a su mujer y a sus hijos fueron que había fallecido. «Quien menos se enteró del atentado es la víctima, quien más sufre es la familia», reconoció. «Mi gran ayuda fue que cuando me dormí –desperté ya en el hospital– pensé que había sido un reventón, no una bomba. Por suerte, no he tenido pesadillas...».

Barañano Zuazua resultó herido en el atentado contra la comisaría de la Ertzaintza de Ondarroa en 2008. «Salvé la vida de milagro», confesó. Aquel día en el que ETA hizo estallar un coche bomba eran «once policías, con sus once familias». Barañano recordó retazos del atentado, sus miedos a ser «rematados» o a que otro vehículo hiciera explosión cuando trataban de ponerse a resguardo. «Sólo un hombre jubilado nos dijo ‘ánimo chavales’», evocó. «Otra chica de unos treinta años nos preguntó: ¿Ha habido muertos? Le dijimos que no, que solo heridos, y se marchó sin más. No relación las cosas al momento, pero seguro que fue a darte la noticia a los terroristas», reveló Enrique. Le diagnosticaron estrés post-traumático.

«Dejé de ser persona, pensaba que me seguían, que iba a sufrir otro atentado...», compartió. Tras meses de baja retornó a su trabajo, también a su plaza en Ondarroa. Eso sí, «con el muro de la vergüenza» para «protegerlos» –se eliminó en 2017–. Ni siquiera ha leído el atestado de los hechos. «Yo no quería ser víctima del terrorismo, solo quería paz».